

hóviles. El cacique no accedió de liso en llano á que desembarcasen: reunió á los ancianos, á los sacerdotes y principales y conferenció con ellos sobre la conveniencia de aceptar á los misioneros. Tratado el asunto con madura reflexión, resolvieron al fin permitir á los religiosos que se estableciesen entre ellos y darles libertad para propagar sus doctrinas religiosas.

Volvieron los mexicanos muy contentos á bordo llevando la buena noticia del permiso que se concedía para el desembarque y establecimiento en Champotón. Fray Jacobo y sus compañeros se apresuraron á bajar á tierra é ir á visitar al cacique y principales vecinos que tan corteses y hospitalarios se mostraban. El padre Testera se atrajo las simpatías de todos: se mostraba humilde, con espíritu tan alegre y jovial, tan lleno de gracia, que no hubo quien no se hiciese su amigo. No menos agradó el porte de los otros religiosos, su pobreza evangélica, su dulcísima bondad: el amor y cariño con que hablaban y recibían por igual á grandes y á pequeños, á pobres y á ricos, les atrajo generales simpatías. Fueron alojados en una casa de paja espaciosa y bien ventilada: la dividieron en varios compartimientos, y uno de ellos destinaron á oratorio. No cabían de gozo los misioneros, viendo la benevolencia con que eran tratados, así como la inclinación que advertían en los indios á aprender las verdades cristianas, no obstante ser tan contrarias á sus tradiciones y creencias inveteradas. Con la experiencia adquirida, tomaban por blanco de sus tareas no tanto á los adultos avezados á la idolatría, como á los niños y á los jóvenes, en cuyos

tiernos corazones é inteligencias era más fácil hacer mella y grabar los nuevos principios.

Comenzaron por atraerse diestramente á la juventud de ambos sexos. Juntaban diariamente, en horas diversas, á los niños y á los jóvenes, y se valían para enseñarlos, de una ingeniosa combinación, especie de enseñanza objetiva que les dió muy felices resultados. Tropezaban con el obstáculo de su completa ignorancia de la lengua maya, y aunque se pusieron á aprenderla, esperar que la dominasen para empezar su predicación, era contrario á su carácter ardiente. No se arredraron ante la dificultad: averiguaron si había algún indio ladino con algunas nociones ligeras del castellano, el cual no habría de faltar, atendidas las repetidas visitas de españoles á Champotón. Hallaron al individuo que necesitaban: con las ligeras nociones que tenía del castellano, y otras que le suministraron, se puso en condición de cooperador eficacísimo.

De México habían traído unos grandes lienzos en que estaban pintados los diferentes misterios y doctrinas del cristianismo. Estos lienzos se exhibían en lugares elevados desde donde pudiesen ser vistos por los circunstantes, y los religiosos al pie del cuadro iban explicando menudamente y en términos claros y sencillos los misterios y verdades que representaban; el indio ladino trasmitía las explicaciones á los niños y niñas, y estos escuchaban embelesados las lecciones. La novedad del método alcanzó éxito completo.

Los cuadros exhibidos á los niños y jóvenes seducían portentosamente su imaginación, haciéndoles sentir vivamente la enseñanza que se les daba

á cortos intervalos y cuidando no fastidiarlos. Contemplaban, escuchaban con profunda atención, y luego, al volver al hogar doméstico, conmovían á sus padres con sus entusiastas relaciones. Las narraciones de los hijos atrajeron á los padres, y pronto se multiplicó el auditorio: ya no eran sólo los niños y los jóvenes quienes acudían á oír las instrucciones; concurrían también hombres y mujeres de todas edades y condiciones, y se extasiaban contemplando aquellas pinturas de vivos colores, de posturas tan comovedoras y tiernas, y oyendo descifrar su significación. Aquellas ideas tan nuevas, jamás oídas; aquellos sentimientos tan puros nunca vislumbrados; en vez del temor servil y aterrador á los dioses, el amor magnánimo del Dios verdadero que baja del cielo, y se sacrifica y muere por la humanidad; en vez de sangrientos y horripilantes sacrificios, el amor sin límites á todos los hombres, la pureza sustituida á la liviandad, el trabajo al ocio, la fidelidad al deber en el hogar doméstico, la mujer levantada y enaltecida, el hombre cambiado de tirano en protector de su esposa, el padre amando al hijo, y el hijo obedeciendo al padre no por miedo ó interés sino por amor, una sociedad sana y virtuosa, un respeto mutuo en los tratos, el orden, la paz, la dicha, he allí las ideas y sentimientos que hacían desfilar los misioneros en presencia de sus neófitos sorprendidos y admirados.

Luego, comparando las doctrinas con la vida de los predicadores, encontraban perfecta concordancia: veían á los que predicaban la caridad tratar á todos con amor y hacerse todo para todos, serviciales, afectuosos y obsequiosos; imponerse

sacrificios para servir á los demás, visitar y cuidar á los enfermos, aconsejar á los vacilantes, sostener á los débiles. Predicaban la penitencia y la pobreza, y vivían pobres, comiendo lo que les daban, viviendo en albergue que les prestaban y sufriendo con inalterable resignación los rigores inauditos del clima, las penalidades y las enfermedades.

Sentíanse los indios atraídos hacia aquella nueva creencia que tenía eficacia para transformar á la humanidad, y que tantas felicidades prometía. Ya no tenían que temer á aquellos antiguos sacerdotes, que pedían como una necesidad el sacrificio de los tiernos hijos; ya no tendrían que sujetarse á aquellas operaciones dolorosas, tan inicuas, como inmundas: los nuevos sacerdotes abominaban los sacrificios, y solo pedían el corazón sano y el espíritu recto.

Era, pues, grande el número de los neófitos, la gente se aglomeraba á oír á los misioneros, y éstos con destreza iban apartándola de los ídolos y de su adoración: derramaban en abundancia los consejos, é insinuaban la práctica de las virtudes domésticas. Insensiblemente destilaron la convicción en los corazones, y ganaron tal influencia en los espíritus que muchos caciques espontáneamente recogieron los ídolos y los llevaron á los misioneros. Grande y solemne fué este día: los ídolos de madera fueron entregados á las llamas, los de barro despedazados, y los de piedra hechos añicos por el martillo. Mayor crédito y prestigio cobraron los religiosos en el ánimo de los indios viéndolos incólumes á pesar de haber aniquilado á las imágenes de las supuestas divinidades. Estas ya no tuvieron arraigo en su

espíritu, y, elevándose á pensamientos más elevados, se dieron cuenta de que la idolatría era un tejido de falsedades, y de que la nueva doctrina era la única verdadera. Los caciques y principales dieron el ejemplo de poner á sus hijos bajo de la dirección de los religiosos, y éstos, llenos de satisfacción, establecieron una escuela que daban diariamente y que era muy concurrida.

Cada día que pasaba afirmaba los progresos de la instrucción religiosa y el ascendiente moral que los misioneros habían adquirido. Los indios les fabricaron casas mejores para su habitación y un templo para la celebración de las santas solemnidades y divinos misterios. Tan excelentes é inesperados frutos reavivaron el celo y ardor del padre Testera y sus compañeros, y como, á la par que trabajaban en la diseminación de los principios evangélicos, no podían desvestirse completamente de sus sentimientos patrióticos, no dejaron, á lo que parece, de insinuar en sus conversaciones las ventajas de formar parte de una monarquía tan importante como la española. Sin duda cediendo á estas insinuaciones, algunos caciques congregaron á sus vasallos, y de mutuo acuerdo rindieron pleito homenaje al señorío de los reyes de Castilla, reconociéndolos como sus soberanos; y de hecho tan memorable se levantó acta que los caciques signaron con unas señales como firmas. No cabían en sí de júbilo los misioneros, y ya se imaginaban conseguida sin la más leve violencia la conversión de todo Yucatán al cristianismo y su sujeción á la corona de España, cuando un episodio lastimoso vino á echar por tierra todas sus ilusiones.

Huyendo de la persecución que les hacía el virey D. Antonio de Mendoza, diez y ocho españoles de á caballo y doce de á pié, todos rebeldes y facinerosos, se dirigieron por la boca de Aguayulco, penetraron en Tabasco por la Chontalpa, y vinieron á recalar á Tixchel, cerca de la laguna de Términos y del cacicazgo de Champotón. Estos hombres sin Dios ni ley nada ansiaban sino su propio interés, y se propusieron reunir un capital, sin pararse en los medios. En los lugares limítrofes de Tabasco, Chiapas y Guatemala se necesitaban trabajadores, y aprovechando esta necesidad, se propusieron proveerse de indios de Yucatán para venderlos luego como esclavos. Pensando que los indios nada respetaban en más alto grado que sus ídolos, habían recogido en sus correrías un gran número de ellos de diferentes tamaños, formas y materias, y se proponían hacer un comercio lucrativo. Muchas cargas de ídolos traían consigo: llamaron al cacique de Tixchel, y le exigieron con amenazas que tomase de aquellos ídolos y los distribuyese entre sus vasallos en cambio de indios ó indias, pidiendo por cada ídolo un individuo de uno ú otro sexo. El cacique de Tixchel rehusó al principio prestarse á cometer semejante opresión irracional en sus súbditos; pero, amenazándole aquellos bellacos con graves daños en su persona y con hacerle guerra de exterminio, acabó por ceder: debía de ser este cacique pusilámine y zopenco, cuando se dejó intimidar por treinta hombres que hubiera podido destrozár en un instante, con sólo apellidar á su gente y echarse sobre ellos: se resignó cobardemente á la inicua consigna, y se puso á repartir ídolos á

sus súbditos, mandándoles que los tomasen para adorar, y que en cambio le diesen indias ó indios para dar á los españoles. Los vasallos, tan tímidos como su jefe, tomaron humildemente los ídolos, y quien daba en cambio su hijo, quien su hermano, y había aun quien de tres hijos que tenía diese dos. No podía haber decaído á mayor bajeza el espíritu de aquellos desgraciados habitantes de Tixchel: el miedo y la cobardía los había envilecido. Los criminales invasores satisficieron su codicia con la adquisición de un gran número de esclavos, que consideraban como preciosa mercancía para formar cuantiosa fortuna. Estaban tan ciegos y avasallados por la avaricia que uno de ellos se enfermó gravemente, y ya en trance de muerte, conversando con una criada suya, le revelaba la existencia de dos cargas de ídolos que bajo su cama tenía guardados, y le recomendaba los cuidase y no los fuese á malbaratar cambiándolos con gallinas, cuando á su juicio eran tan valiosos que cada uno de ellos tenía el precio de un esclavo.

La nueva de este comercio forzado se extendió por los lugares circunvecinos, y llegó al cacicazgo de Champotón en tiempo que allí el padre Testera y sus compañeros gozaban de gran consideración é influencia, que les habían adquirido sus predicaciones y la contemplación de su vida pura, virtuosa y caritativa. A pesar del cariño y adhesión que ya se les tenía, la más violenta indignación se apoderó de los indios, al saber que una partida de guerreros españoles, desenfrenados y libertinos, había invadido el cacicazgo de Tixchel, y se ocupaba en hacer trueque de ídolos por indios. El hecho de que Tix-

chel confinaba con Champotón hacía el hecho amenazador, y los indios de Champotón empezaron á temer que las depredaciones de aquellos guerreros aléves se extendiesen á su territorio. Empezaron á sospechar de la sinceridad de los religiosos, pensando que, siendo de una misma raza, alguna oculta liga pudiera haber entre los misioneros y aquellos pillastres. ¡Como! los religiosos habían prometido que soldados españoles jamás pisarían la tierra de Yucatán, y aun no habían pasado muchos meses, y venían guerreros á asolar la tierra, reduciendo á la esclavitud á sus moradores! ¿Que fe podía darse á sus predicaciones, si ahora sus paisanos traían á millares los ídolos, los imponían por fuerza, y obligaban á adorarlos? Había una apariencia perjudicial á los religiosos, y ésta hacía creer que ellos estaban coludidos con aquellos advenedizos guerreros, con objeto de favorecer su ambición de enriquecerse: parecía que los religiosos habían venido anticipadamente á preparar el terreno para la ganancia, y que, si habían hecho quemar los ídolos, era con el fin de que escaseasen, y los guerreros, cuando llegasen, pudiesen acomodar mejor su mercancía. En tropel acudieron los indios á los religiosos, urgiéndolos, quejándose, y reclamándoles contra los procedimientos de sus paisanos: los más atrevidos llegaban hasta decirles con franqueza y desenfado ¿porqué nos habéis mentido, engañándonos, que no habían de entrar en nuestra tierra los guerreros españoles? ¿porqué nos habéis quemado nuestros dioses, y luego ellos nos traen á vender otros de otras provincias? ¿por ventura no eran mejores nuestros dioses? Difícil era contestar estas

preguntas cuando las apariencias perjudicaban á los misioneros, y más tratándose de gente sencilla que más se guía por los hechos que por el raciocinio. En vano los religiosos se esforzaron en manifestarles que aquellos hombres eran unos facinerosos que obraban por su cuenta y riesgo, que en sus malas artes no tenían participio alguno. Deseosos de patentizar que lejos de compartir las malas obras de sus paisanos las condenaban severamente, se fueron al encuentro de ellos, con ánimo de separarlos del mal camino que llevaban.

Encontrando á los desalmados guerreros, tuvieron con ellos largas conferencias, les pintaron con vivos colores el daño que hacían á la religión y al dominio español, el grave riesgo en que ponían la vida de los misioneros, y cómo, á trueque de un miserable puñado de oro, iban á destruir todos los frutos de un trabajo tan arduo y provechoso como el que se había verificado á costa de tantos sacrificios y prudencia. La codicia, empero, cerró los oídos de los empedernidos soldados, como con tapias de marmol, y por más razones que les dieron los religiosos, súplicas que les hicieron, elocuentes exhortaciones, persistieron tenaces y obcecados en su propósito de continuar su malaventurada y viciosa negociación, y cayendo de abismo en abismo acrecentaron aun más su crimen: despechados contra los religiosos, coléricos y arrebatados, no conocieron límites en su maldad, é hicieron correr la voz de que los religiosos mismos los habían hecho venir á Yucatán, y que iban al partir utilidades con ellos. Las gentes sencillas, de ordinario crédulas, dieron asenso á tan maliciosa patraña, y la situa-

ción de los religiosos empeoró: estuvieron á punto de ser sacrificados. Ya los indios no solamente no quisieron más escucharlos, no solamente se retrajeron de su compañía, sino que, considerándoles como hombres mentirosos, falsos y traidores, concertaron librarse de ellos asesinandolos.

Afortunadamente la inocencia y la caridad siempre se conquistan amigos adictos, capaces de sacrificarse, y los misioneros, con su conducta de abnegación, se habían atraído sinceros admiradores: estos hicieron llegar á sus oídos la trama que se urdía, y se ofrecieron á cooperar á salvarlos. Aprovechando el silencio y oscuridad de la noche, sacaron á los religiosos por caminos escusados, y, haciéndolos caminar muy de prisa, los primeros rayos de la aurora los saludaron á larga distancia de Champotón. Al amanecer, el templo cerrado y las casas de los religiosos escuetas hicieron comprender á los moradores de Champotón que los religiosos habían desaparecido, é inmediatamente todo el pueblo se puso en movimiento, deseoso de averiguar el lugar á donde habían dirigido sus pasos.

Sin duda los beneficios que habían derramado los misioneros durante su corta permanencia se representaron vivamente en la imaginación del pueblo, ó bien, como sucede frecuentemente, la consideración del bien perdido hizo comprender su excelencia; una reacción se produjo en favor de los religiosos, desde el momento en que se les vió fuera de Champotón; é investigando por dónde habrían ido y la manera de hacerlos retroceder, al fin el cacique y los principales resolvieron enviar mensajeros en pos de los religiosos, para que en nombre

del pueblo les diesen una satisfacción y los invitasen á volver y á continuar sus tareas.

Cincuenta leguas habían andado los religiosos cuando los mensajeros hubieron de alcanzarlos, y les comunicaron con frases muy sentidas el arrepentimiento que había en Champotón por haberlos molestado, y las vivas instancias que tenían orden de hacerles para que volviesen, dándoles plena seguridad de que serían respetados y tratados con los miramientos de antes. Indecisos estarían los misioneros entre volver ó no, y no dejaría de asomar á su mente la sospecha de si aquella era una red que les tendían para matarlos á mansalva. Eran, sin embargo, almas esforzadas, acostumbradas al desprecio de la vida por el deseo de propagar el evangelio, y al fin se decidieron á volver á Champotón. Su regreso y llegada á este pueblo fué ocasión de tiernas demostraciones de afecto: los Couohes los agasajaron, los colmaron de consideraciones, y les dieron plena libertad y seguridad para ejercer su ministerio. Continuaron sus trabajos como antes, abrieron de nuevo su escuela de niños, y dividiendo su tiempo entre ella, la predicación, la visita de los enfermos y la asistencia de los desvalidos, pasaron cuatro ó cinco meses más en Champotón.

En este tiempo, consolidaron su influencia sobre los indios, sirviéndolos de mil maneras. No descuidaron trabajar para que los criminales comerciantes de esclavos, cortos en número, pero audaces en la iniquidad, desalojasen el país: escribieron al virey de México, comunicándole el daño que hacían con su desatentada conducta, y la urgencia que había de obligarlos por la fuerza á separarse de

Tixel, pues de lo contrario se malograrían todos los trabajos emprendidos con éxito tan favorable para civilizar á Yucatán. Si las exhortaciones y súplicas de los religiosos no fueron parte á suavizar la dureza de aquellos hombres crueles é inhumanos, no fué menos impotente el poder del virey, cuyos mandatos desacataron, haciendo ludibrio de sus apercibimientos y comunicaciones. En balde los hizo pregonar por traidores y los declaró fuera de la ley: seguros de que el virey no tenía fuerzas suficientes que los fuesen á perseguir á su guarida, se rieron de todo, y perseveraron sin descanso en su infame negocio.

Por más adhesión que los indios mostrasen á los religiosos, estos no podían desconocer que, si el comercio de esclavos continuaba, llegaría un momento en que rebosaría la irritación de los indios, y tal vez acabarían por reaccionar contra ellos mismos, en atención á la comunidad de raza y de origen que los unía con los esclavistas. No podían predicar con quietud, ni arraigar sus doctrinas, ni entregarse con tranquilidad á sus tareas; de tiempo en tiempo hondas quejas se escuchaban contra nuevos abusos de los españoles ladrones que tiranizaban á Tixel: este espectáculo no era adecuado para conciliarse con los preceptos y doctrinas que los misioneros enseñaban, y parecía que las palabras de éstos eran sin cesar desmentidas por los hechos de aquellos: sus correrías se extendían ya hasta la provincia de Champotón, y una conflagración general estaba á punto de estallar.

En estas condiciones, el padre Testera creyó más conveniente regresar á México con sus compañeros

y dejar para tiempos mejores el continuar la misión que tan felizmente había comenzado.

La relación que hizo el padre Testera de la situación de Champotón, del espíritu excelente que animaba á sus habitantes, de su inclinación al cristianismo, y de los numerosos neófitos que había dejado y que necesitaban cultivo especial para perseverar en la religión cristiana, produjo impresión favorable en los franciscanos de México. En 1537, el padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo envió cinco frailes en peregrinación evangélica por la costa del golfo de sotavento. Los cinco varones apostólicos recorrieron, predicando y enseñando, la costa de Goatzacoalcos y Tabasco; permanecieron algún tiempo en Santa María de la Victoria y en Xicalango; y luego pasaron á Champotón y Campeche. Con los agradables recuerdos que había dejado el padre Testera y sus compañeros, la vista sola del hábito franciscano les granjeó la buena amistad de los mayas; en ambas ciudades tuvieron buena acogida; y un gran número de personas se complacía en escucharlos, en conversar con ellos y en aprender la doctrina cristiana. Por su parte los misioneros se impresionaron agradablemente, considerando las buenas disposiciones y virtudes naturales de que estaban dotados aquellos indios, y entre sus buenos hábitos notaban y alababan con especialidad su sinceridad, su veracidad y el respeto que mostraban á lo ageno: quedábase una cosa por perdida en las calles y plazas muchos días, y nadie la tocaba hasta que el dueño volvía por ella.

Estos religiosos no se establecieron en Yucatán

porque no habían traído instrucciones de fundar residencia. Habían salido en romería á dar misiones, y cumplida su comisión se volvieron á México.